

El final de la república española y la esperanza de México en 1939¹

Abdón Mateos

La guerra ha terminado ahora, pero la paz no ha venido (...). Si en España se sigue, como se está haciendo ahora, con la política persecutoria de los primeros meses de la guerra, se irá al hundimiento de España, porque el germen de rencores y de odios que dejará tras de sí, será de tal naturaleza, que su huella no desaparecerá.

Juan Negrín (abril de 1939)

A PARTIR DEL HUNDIMIENTO de la República en enero de 1939, y hasta el final de la guerra dos meses más tarde, el tiempo para impulsar una solución negociada o, aún, una intervención internacional humanitaria, se estaba agotando rápidamente. Esto no quiere decir que la única posibilidad que tenía la población republicana para evitar una derrota completa, sin ningún tipo de concesión por parte de Franco, fuera la resistencia numantina en algún reducto pirenaico o levantino, como parecía defender el presidente del gobierno Juan Negrín y alguno de sus ministros como Julio Álvarez del Vayo. Tras Munich, ya no había tiempo, ni condiciones interiores y exteriores, para una suspensión de hostilidades como habían defendido el presidente de la República, Manuel Azaña, y el que fuera ministro de Defensa y líder del PSOE, Indalecio Prieto, desde el año 1937 y, sobre todo, tras la debacle de Aragón que permitió a las tropas franquistas llegar al Mediterráneo y partir en dos el territorio en manos de los gobiernos del Frente Popular.

Incluso los planes para una evacuación masiva y ordenada de los responsables republicanos y de sus familias hacia América, sobre los que Prieto había insistido desde la primavera de 1938, no habían terminado de concretarse ni en México ni en Europa o el norte de África. Parecía que Negrín lo había confiado todo a que la resistencia y la capacidad defensiva del Ejército Popular permitiera, al me-

nos, una intervención humanitaria del Reino Unido y de la República francesa que limitara las represalias y permitiera la evacuación de una minoría de responsables políticos. Nada había preparado en Francia o en México cuando se produjo el pronunciamiento de Casado con apoyo de los partidos políticos y sindicatos, salvo el comunista. Lo único que se había preparado antes del reconocimiento de Franco por las potencias democráticas europeas era el resguardo de una parte de los bienes de la República en el exterior y el traslado de algunos otros desde España al extranjero, poniéndolos a buen recaudo, hasta que las tornas del contexto internacional permitieran a Negrín volver con su gobierno a España. Como dijo en una reunión de los ministros socialistas con la dirección del PSOE el 19 de julio de 1939, el problema de los refugiados, dada su magnitud, no lo resolvería ni todo el oro de Creso². Contra este legalismo, por encima de la voluntad de instituciones democráticas, como los partidos políticos y los representantes de la voluntad popular, se manifestó una mayoría republicana en la diáspora de la emigración. El principal aglutinante de esta mayoría parlamentaria y de la voluntad de liquidar lo que restara de la legalidad del gobierno Negrín en el exilio, fue el líder del PSOE Indalecio Prieto. Esta iniciativa no fue una desgracia para España ni para el futuro del partido socialista.

La victoria de Franco no fue completa ni la guerra había terminado, pues no llegó la paz con el fin de las hostilidades. La voluntad franquista de revancha y de liquidar todo lo que había significado la experiencia democrática republicana, pese a sus limitaciones, dejó una huella de rencor que impediría la concordia de los españoles hasta que no hubiesen desaparecido la mayor parte de los protagonistas de la guerra de España. La pervivencia de instituciones políticas del período republicano, aunque solamente fueran

los partidos políticos y algún tipo de junta o comité en el exilio, era un permanente elemento de denuncia internacional de la ilegitimidad del franquismo.

LA ESPERANZA DE MÉXICO

A partir de abril de 1938, con el hundimiento del frente en Aragón y la llegada de las tropas de Franco al Mediterráneo, aislando Cataluña del resto del territorio en manos de la República, el Gobierno de México hizo el primer anuncio de que estaba dispuesto a ofrecer asilo a los dirigentes republicanos españoles. En realidad, esta posibilidad ya había sido sondeada por el subsecretario de Gobernación, Juan Simeón Vidarte, siguiendo instrucciones de Indalecio Prieto y Juan Negrín, a finales de 1937 tras la caída del Frente Norte. En mayo de 1938, el dirigente socialista, Prieto, recibió el plácet para hacerse cargo de la embajada de España en México, acompañado de una misión técnica que habría que preparar la llegada y el acomodo de una masiva emigración de republicanos españoles. Sin embargo, ante la reticencia del presidente Azaña, la misión no llegó a realizarse. La ofensiva del Ebro, convertida luego en una larga batalla de posiciones, hizo echar al olvido cualquier clase de preparativos de una evacuación ante una previsible derrota. No sería hasta poco antes del comienzo de la ofensiva franquista sobre Cataluña, cuando Prieto fue enviado a América en calidad de embajador plenipotenciario con la excusa de la toma de posesión del nuevo presidente chileno. Con anterioridad al viaje, y durante el transcurso de la gira, Prieto recibió una invitación del presidente Lázaro Cárdenas para que visitara México. Para ello, Prieto recabó instrucciones del Gobierno de Negrín y de la dirección del PSOE. Pese a la insistencia del partido socialista para que se designara a Prieto responsable de los preparativos de evacuación hacia México, Negrín nada resolvió, por lo que la misión se limitó a un encargo del Partido para ocuparse de la evacuación de socialistas. El jefe de gobierno había pensado designar al secretario general del Ministerio de Defensa, Julián Zugazagoitia, para la embajada en México pero la caída de Barcelona trajo consigo que el periodista y dirigente socialista tuviera que abandonar la proyectada misión diplomática para ocuparse de la ayuda al éxodo republicano desde Perpiñán.

En efecto, en el transcurso de esta gira americana de Prieto, se había producido el hundimiento de la República en Cataluña y un éxodo masivo de medio millón de personas, que desbordaba cualquier clase de preparativos y de recursos humanos y materiales. Nada concreto se había acordado todavía con México para la emigración republicana, pero las expectativas más optimistas esperaban la



Campo de fuerza, óleo sobre tabla entelada 40 x 40 cm, 2007

emigración de unas 30.000 familias, es decir, unas 120 a 150.000 personas³. La esperanza de México se había contagiado entre decenas de millares de españoles refugiados en Francia o residentes todavía en la zona central de la agónica república española. Sin embargo, la mayoría del personal diplomático mexicano no creía conveniente acelerar los planes de evacuación cuando todavía la República resistía en la zona central republicana, considerando que había que esperar que la cuestión de los refugiados se decantara. Por ello, cuando se produjo el pronunciamiento del Consejo de Defensa que derribó al Gobierno Negrín, nada se pudo concretar para la emigración hacia México desde la Zona central, pese a los desesperados mensajes en demanda de ayuda del Consejo de Defensa. En cualquier caso, había que contar con la colaboración francesa y con la marina británica para asentar temporalmente en el norte de África a unos miles de refugiados antes de trasladarlos a América. Ambas potencias se mostraron reticentes a proporcionar ayuda sin el consentimiento de Franco cuando el final de la guerra era cuestión de días.

LA FINANCIACIÓN DEL EXILIO

La financiación del exilio se convirtió en una cuestión central del final de la guerra de España. ¿La ayuda a los refugiados era la única misión que podían tener las instituciones republicanas? ¿Había que reservar una parte de los recursos para la acción política de las instituciones y para el momento de un futuro retorno a España? ¿Era legítimo

gastar en la financiación del exilio los recursos obtenidos de particulares y aún del patrimonio nacional?

La respuesta a estas preguntas y a otras semejantes, como las prioridades de ese gasto, se convirtió en plato fuerte de las disputas entre los dirigentes republicanos exiliados. En términos generales, se puede decir que Negrín pretendió continuar actuando como gobierno legal español en el exilio, reservando tres cuartas partes de los fondos salvados de la victoria franquista para el momento de un futuro retorno a España. Por el contrario, la mayoría de los partidos políticos y de sus representantes parlamentarios consideraron que la legalidad de un gobierno Negrín en el exilio era inexistente y que había que destinar los recursos a la ayuda a los refugiados. Claro que parte de esos recursos, de cuantía limitada, servirían para subsidiar a una minoría de los dirigentes políticos de las instituciones republicanas y no llegarían a la masa de refugiados de a pie. Prieto, además de considerar inexistente al gobierno en el exilio, creía que la totalidad de los fondos debían destinarse a la masa de los refugiados. Dado que los recursos eran relativamente limitados, unos 50 millones de dólares entre efectivo y bienes de difícil venta, el líder socialista descartó enseguida los planes de una evacuación masiva a América pues había que sostener a la masa de refugiados internados en campos y albergues en el sur de Francia y el norte de África. Incluso, ante la magnitud del drama de los refugiados y el comienzo de la guerra mundial, Prieto, y, más tarde, Negrín, desarrollaron sin éxito iniciativas para devolver los bienes al régimen franquista a cambio del retorno de la masa de los exiliados, lo que implicaba algún tipo de compromiso de gracia.

La actitud del gobierno de México ante el drama de los refugiados republicanos españoles fue de generosa solidaridad, deseando, al mismo tiempo, implicarse lo menos posible en las disputas de sus dirigentes. Sin embargo, la temprana llegada de Indalecio Prieto a México en febrero de 1939 iba a resultar decisiva para los avatares del exilio y de la política mexicana hacia España. Como responsable de la compra de armamentos y del Ministerio de Defensa hasta abril de 1938, Prieto había estrechado las ya amigables relaciones que había tenido con políticos mexicanos desde los inicios de la Segunda República. Existía, además, una clara sintonía ideológica entre Prieto y Cárdenas, pues ambos compartían un radicalismo democrático, con tintes socializantes y liberales, y proyectos modernizadores de la economía y sociedad de ambos países. Cárdenas esperaba que la llegada de unas decenas de miles de españoles con medios financieros contribuyeran al desarrollo del aislado México posrevolucionario.

Hay que tener en cuenta que cincuenta millones de dólares equivalieron a un 40 % del gasto público del Gobierno

Federal de México durante 1939 y que el conjunto de la deuda agraria por daños de la Revolución superaba la cifra de gasto corriente del Gobierno. El presidente Cárdenas esperaba que el tesoro del *Vita*, llegado a Veracruz el 23 de marzo, y el material de guerra, adquirido en Estados Unidos pero trasladado a México desde Nueva York a comienzos de mayo de 1939, se invirtieran en el traslado de trabajadores españoles y la creación de fuentes de riqueza. En caso contrario, el presidente mexicano creía que los bienes republicanos españoles debían ser retirados del país. Sin embargo, estos planes poblacionistas y modernizadores difícilmente casaban con la condición política de buena parte de los refugiados españoles y la relativa escasez de medios financieros de inmediata realización.

Tras el arribo del *Vita* a México, José Puche fue enviado por Juan Negrín a México el 24 de marzo de 1939, llegando a la capital mexicana en un viaje relámpago de seis días⁴. Su llegada se producía demasiado tarde pues el tesoro se había depositado en lugar seguro desde Tampico. Durante los meses de abril y mayo, los preparativos para la recepción de las primeras expediciones colectivas de refugiados se fueron demorando pues Negrín no envió una prometida comisión técnica. En el momento de la llegada del barco *Sinaia*⁵, en junio de 1939, nada había preparado salvo unos trenes para trasladar a los presuntos campesinos españoles al mundo rural mexicano. La constitución del Comité Técnico de Ayuda a los Republicanos Españoles (CTARE), dependiente de Negrín, fue posterior al arribo de la primera expedición masiva de refugiados. Para julio de 1939, en otras dos expediciones colectivas y pasajes individuales habían arribado ya a México unos 6.000 refugiados. La mayoría de los llegados no eran campesinos o, en general, trabajadores manuales, por lo que no pudieron ser acomodados en los Estados mexicanos⁶.

Antes del comienzo de la segunda guerra mundial y ante la realidad de una emigración por cuotas políticas, la Administración mexicana decidió suspender la llegada de nuevas expediciones. En este punto de vista, Cárdenas coincidió con su secretario de Gobernación, Ignacio García Téllez, más que con su embajador en Francia, Narciso Bassols. Coincidió, también, con el punto de vista del “embajador oficioso” republicano español, Indalecio Prieto, que consideraba que las politizadas expediciones organizadas por el Servicio de Evacuación de Refugiados (SERE) de Negrín y la Legación mexicana en París habían sido un desastre.

El embajador mexicano en Francia, el político filsoviético Narciso Bassols, tuvo un polémico papel en el tema de la ayuda y la evacuación de refugiados españoles hacia México. Su abierta toma de partido por la causa del ex presidente de gobierno, Juan Negrín, le hizo vetar a todos

los que no comulgaran con los puntos de vista de éste. La Legación mexicana, a través de los comunistas Fernando Gamboa y su mujer, entre otros, examinaba a los candidatos a la emigración excluyendo a los contrarios al negrinismo, así como a los libertarios, en general, que apenas tuvieron un 15% de plazas en los primeros embarques colectivos, cuando suponían un número mucho mayor de la masa de refugiados en Francia. Este favoritismo hacia comunistas y negrinistas, provocó la queja ante Cárdenas de diversos prohombres republicanos como Manuel Azaña o Indalecio Prieto.

Las razones de la suspensión de esta primera fase de los embarques colectivos de refugiados españoles hacia México en agosto de 1939 son diversas. En general, se puede decir que la composición social de las primeras expediciones de exiliados y las debilidades de la financiación y la organización de la ayuda, provocaron el descontento tanto del presidente Cárdenas y, de manera especial, el secretario de Gobernación, Ignacio García Téllez, como de los dirigentes republicanos españoles.

Hay que tener en cuenta que la masa de los refugiados permanecía en Francia, internada en campos y residencias, y que apenas recibió la ayuda del Servicio de Evacuación de Negrín. Se puede calcular que la ayuda del SERE a favor de los refugiados internados en los campos apenas llegó al 20% de la totalidad del gasto durante 1939-1940. Claro está que los recursos eran limitados y que había que optar en la asignación de los fondos hacia diversos objetivos. De todos modos, no fue casual que el organismo creado por la Diputación Permanente de las Cortes republicanas, a finales de julio de 1939, tras el desconocimiento de Negrín, se denominara Junta de Auxilio a los Republicanos (JARE). El propósito inicial de la JARE fue ayudar a la masa de los refugiados que permanecían en Francia más que el traslado de éstos a América, la ayuda e inversiones en México o el subsidio de dirigentes republicanos. Estos buenos propósitos se vieron mediatizados por las reclamaciones de los dirigentes republicanos y las expectativas de la Administración mexicana de inversiones que sostuvieran a los ya llegados y contribuyeran al desarrollo al país.

En cualquier caso, la suspensión de la emigración en agosto de 1939, también tuvo otras motivaciones. Los dirigentes republicanos, desesperados ante el drama de los refugiados en Francia y la situación, en general, de las víctimas del franquismo, no tuvieron más remedio que empujar a mujeres, niños y hombres de “a pie” a que traspasaran de nuevo los Pirineos. Tanto Prieto como Negrín buscaron algún tipo de compromiso con Franco que permitiera, a cambio de la devolución de los recursos republicanos, el retorno de la masa de los refugiados, reservando la expa-

trición para los dirigentes y sus familias. Un acuerdo de este tipo implicaba el inicio de un proceso de concordia y reconciliación entre los españoles que Franco no estuvo dispuesto a emprender con la Anti-España, empeñado en una represión masiva contra todos aquellos que hubieran tenido algún tipo de poder o responsabilidad durante la Segunda República.

El comienzo de la segunda guerra mundial, disparó, además, el coste de los embarques colectivos y amenazaba la seguridad de los traslados oceánicos. En este contexto, el presidente Cárdenas reclamó el retorno de Prieto a México para que se hiciera cargo de la gestión de la ayuda a los refugiados y, por tanto, de la realización del tesoro del *Vita* y otros efectos. El dirigente socialista había demorado su retorno a México hasta noviembre de 1939 en la esperanza de poder paliar la situación de los refugiados en Europa. El 1 de diciembre de 1939 fue constituida la Delegación en México de la JARE. Su primera declaración aclaraba su propósito de destinar el grueso de la ayuda a los refugiados más desfavorecidos en Francia y no subsidiar a los dirigentes republicanos ya trasladados a América.

Fueron, por tanto, vanas las diversas tentativas de Puche y del CTARE, para que Lázaro Cárdenas les cediera diversos efectos en manos de sus rivales o de propia administración mexicana⁷. Estos efectos consistían en aviones, motores, barcos y valores pues el propósito de Negrín era reservar los bienes del *Vita* para sanear la hacienda republicana en el momento de un hipotético retorno a España más que gastarlos en la ayuda a los exiliados o la acción política antifascista.

LA AYUDA REPUBLICANA A LOS REFUGIADOS

El CTARE negrinista abordó durante 1939 unas importantes inversiones industriales y agrícolas, así como diversos subsidios, que desbordaban los planes de gasto del propio Negrín en México⁸. Para el otoño de 1939, ante la escasez de recursos, el empuje del CTARE empezó a desfallecer, amenazando con el cierre de albergues y comedores, que finalmente llevaría a efecto a mediados de 1940. Por ello, la delegación de la JARE, tuvo que hacerse cargo, a su pesar, de cubrir los compromisos más acuciantes del Comité de ayuda negrinista, así como trasladar a México desde la República Dominicana la última expedición colectiva del SERE, que fue derivada al puerto de Coatzacoalcos. Durante el año transcurrido entre la suspensión de la evacuación en embarques colectivos en agosto de 1939 y la caída de Francia en junio de 1940, continuaron llegando a México un número notable de refugiados españoles a través de medios propios o sostenidos por las instituciones republicanas. Prieto y

diversas personalidades recomendaban individualmente a ciertos refugiados para que fuera autorizada su emigración a México ante el presidente Cárdenas. A comienzos de 1940, hubo, además, un proyecto de la JARE para trasladar a cien familias recomendadas en el buque *Champlain*.

Antes de tener que ocuparse de la ayuda a los exiliados ya instalados en México y de la debacle de la III República francesa ante la guerra relámpago hitleriana, la delegación de la JARE se decidió a transformar y vender los bienes del Vita, acuciada por las demandas de su presidente Lluís Nicolau D'Oliver y la Diputación de las Cortes, que permanecían en Francia. Esta realización de bienes suntuarios, valorados en cuarenta millones de dólares, suponía una notable depreciación en las difíciles circunstancias de la guerra mundial. La propia Administración mexicana había insistido en esta realización de los bienes, insistiendo que, en caso contrario, se debían sacar de nuevo del país, por lo que dio todas las facilidades para las operaciones. El oro obtenido era vendido al Banco Nacional de México, y ya a finales de diciembre de 1939 se produjeron los primeros envíos de numerario a la JARE en Francia para la ayuda a los refugiados y el sostenimiento de las instituciones republicanas. Enseguida se regularizó una aportación para la ayuda en Europa, desde la delegación en México, de cuatro millones de francos al mes mientras que el SERE aportaba un gasto de unos tres millones hasta el momento de su clausura en mayo de 1940.

El balance del gasto de las instituciones republicanas y de la institución sucesora (Comisión Administradora del Fondo de Auxilios a los Republicanos Españoles, CAFARE) en México, no sólo durante el fatídico año de 1939 sino durante toda la guerra mundial, fue de unos cinco millones de dólares. La institución negrinista fue el organismo que realizó un mayor gasto, a pesar del deseo de Negrín, en empresas agrarias e industriales, que resultaron un fiasco. Estas empresas, como la hacienda Santa Clara o los talleres Vulcano, se salvaron de la intervención del nuevo Gobierno de Manuel Ávila Camacho, a diferencia de lo que ocurrió con los fondos de la rival Delegación de la JARE en noviembre de 1942 y marzo de 1943. Sin embargo, las empresas citadas terminaron siendo malvendidas en el tiempo del final de la guerra mundial.

Quizá la obra más perdurable y meritoria de las instituciones de ayuda fue la inversión en la educación en los valores republicanos de la segunda generación del exilio, de los hijos de la guerra, a través de centros como el Colegio Madrid o el Instituto Ruiz de Alarcón. Además, algunos de los proyectos y estudios emprendidos por las instituciones de ayuda fueron asumidas por financieras mexicanas, con participación de refugiados como Antonio

Sacristán, después del final de la segunda guerra mundial. Estos proyectos de Altos Hornos o empresas químicas, entre otros, coadyuvaron al desarrollo mexicano durante los años cincuenta y sesenta. En muchos casos, en cambio, los exiliados se integraron en los sectores tradicionales del comercio dominados por la antigua comunidad residente de españoles. Por otro lado, la aportación de la nueva comunidad ibera a la cultura y la vida cotidiana de México fue más que notable, constituyendo esta nueva inyección de sangre hispana una victoria para México.

En cualquier caso, los exiliados en México al comienzo de los años cincuenta, unos 25.000 incluyendo a la segunda generación del exilio⁹, que suponían un máximo de una sexta parte de la totalidad del exilio en el resto del Mundo, fueron unos “privilegiados” no sólo por beneficiarse directa o indirectamente de cerca de un tercio del gasto de las instituciones republicanas sino por ver cumplida la esperanza de una nueva vida en México¹⁰. Una esperanza que habían tenido otras decenas de miles de españoles al final de la guerra civil en 1939, con la caída de Francia en 1940 y al final de la guerra mundial. •

Notas

¹ Este ensayo se realiza en el marco del Proyecto de la Dirección General de Investigación “Historia y uso público del antifranquismo”, HUM 2007/63.118 HIS. Un desarrollo más extenso en mi libro *La batalla de México. Final de la guerra civil y ayuda a los refugiados, 1939-1945*, Madrid, Alianza, 2009.

² Acta de la comisión ejecutiva del PSOE, París, 19.7.1939, Archivo Fundación Indalecio Prieto.

³ Cruz Salido a Prieto, febrero 1939, Archivo Fundación Indalecio Prieto, Madrid.

⁴ Puche a Méndez Aspe, abril de 1939. Archivo Serra Puche, México

⁵ Para el arribo del *Sinaia* y los primeros meses de 1939, véase José Antonio Matesanz, *Las raíces del exilio*, México, UNAM/COLMEX, 1999.

⁶ Sobre la composición social del exilio, véase Dolores Pla, *Els exiliats catalans*, México, INAH, 1999.

⁷ Fondo José Puche, Archivo del Ateneo Español de México.

⁸ Negrín a Puche, enero 1943, Fundación Negrín, Las Palmas.

⁹ Un estudio colectivo sobre las relaciones oficiosas entre México y España, así como de las características de la comunidad exiliada, en Clara Lida (coord.), *México y España durante el primer franquismo*, México, COLMEX, 2001.

¹⁰ Un reciente balance de la ayuda de México hacia la república española en guerra y de la intervención mexicana hacia el exilio, en mí capítulo “México y la España republicana. Solidaridad e intervención”, en Abdón Mateos (ed.), *¡Ay de los vencidos!. El exilio y los países de acogida*, Madrid, Eneida, 2009.

ABDÓN MATEOS. Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (España) donde dirige el Centro de Investigaciones Históricas de la Democracia Española y la revista *Historia del Presente*. Desde el año 2007 es responsable en la UNED de la Cátedra del Exilio. Correo electrónico: amateos@geo.uned.es